

Aleksander Schmidt

El burro, Piran y una idea genial que no lo fue.



*Una historia real sobre tres amigos,
un burro y una inolvidable aventura de verano.*



CRÉDITOS

Título: El burro, Piran y una idea genial que no lo fue

Subtítulo: Una historia real sobre tres amigos, un burro y una inolvidable aventura de verano

Autor: Aleksander Schmidt

Edición y preparación técnica: Aleksander Schmidt

Ilustraciones y diseño gráfico: Aleksander Schmidt

Material gráfico: Elaboración digital (Paint.net) a partir de imágenes creadas con ChatGPT

Revisión lingüística: Realizada con la ayuda de ChatGPT

Editorial: Aleksander Schmidt, autoedición

Año de publicación: 2026

Edición: Edición digital

Formato de publicación: Libro electrónico (PDF / EPUB)

Disponible en: <https://www.breznavidil.si>

Kataložni zapis o publikaciji (CIP) pripravili v Narodni in univerzitetni knjižnici v Ljubljani

COBISS.SI-ID 291145731

ISBN 978-961-97600-0-0 (PDF)

ISBN 978-961-97600-1-7 (ePUB)



«¡Detened al burro!»

«¡Detenedlo!»

Mark gritaba tan fuerte que se lo oía hasta en la plaza Tartini.

La gente se daba la vuelta. Algunos saltaban a un lado, otros se quedaban con la boca abierta.

Pero nadie hacía lo que él esperaba de ellos.

Un burro fuera de control corría hacia ellos a toda velocidad y, a cada paso, soltaba unos sonidos como si lo estuvieran despellejando vivo.

«Iia, hrrrrrr, iia, grrr, ihaa, ia, hrrrg, iaa...»

Y detrás de él corríamos nosotros dos.

Mark y yo.

Sin plan.

Sin dignidad.

Y, sobre todo, sin la menor posibilidad de alcanzarlo.



¿Y después qué...?

El burro delante.

Mark detrás.

Yo detrás de Mark.

Los tres con la misma expresión en la cara.

Cada uno por un motivo completamente distinto.



Si empiezan a preguntarse cómo acabamos persiguiendo a un burro en pleno Piran, solo hay una respuesta.

Todo había empezado unos días antes.

Y había empezado con una idea genial.

De esas que no nacen hasta después de la segunda cerveza.

De esas que solo más tarde comprendes que no podían ser otra cosa...

...que una auténtica burrada.

Capítulo 1



Cómo ganó Mark el premio más terco de la historia de las fiestas populares



Corría el año 1984. Yo era joven, trabajaba con máquinas recreativas y vivía en casa de mi amigo Mark, en Piran.

Eran años despreocupados, llenos de diversión, aventuras y una intensa vida nocturna.

Nuestro grupo tenía un tercer miembro: Dule.

Dule no era solo el tercer mosquetero en nuestra lucha contra el aburrimiento...

...también era el hombre gracias al cual ninguna buena tontería se quedaba en una simple idea.

Por entonces nos invadía un optimismo que se reflejaba en nuestra convicción de que para cada problema existía en alguna parte una solución sencilla.

Si no la encontrabas de inmediato, pedías una cerveza.

Si no aparecía después de la primera, pedías otra.

Y si tampoco la encontrabas después de la segunda...

...estabas casi seguro de ir por el buen camino...



Y era precisamente entonces cuando nacían nuestras ideas más geniales.

En una fiesta de los bomberos, después de dos «cervecitas», se nos ocurrió apoyar a nuestros valientes muchachos comprando boletos para la rifa.

Un gesto muy solidario.

Al menos eso nos parecía.

Tal vez incluso ganaríamos algún premio práctico.

¿Una pelota, un cucharón, un rastrillo, un taburete de madera, un muñeco de peluche...?

Mark miró el boleto.

Sonrió.

Luego sonrió aún más.

Volvió a mirarlo.

Le dio la vuelta.

Comprobó otra vez el número.

Como si temiera que pudiera haber cambiado mientras tanto.

«Chicos...

...creo que me ha tocado algo».

«¿Qué te ha tocado?»

Guardó silencio.

«Creo...

...que es el primer premio».

«¿Y cuál es el primer premio?»

Volvió a mirar el boleto.

Y se echó a reír.

«Un burro».

Hoy estoy convencido de que todo primer premio debería venir acompañado de una advertencia.



En aquel momento Mark solo vio una cosa.

Una oportunidad de negocio.

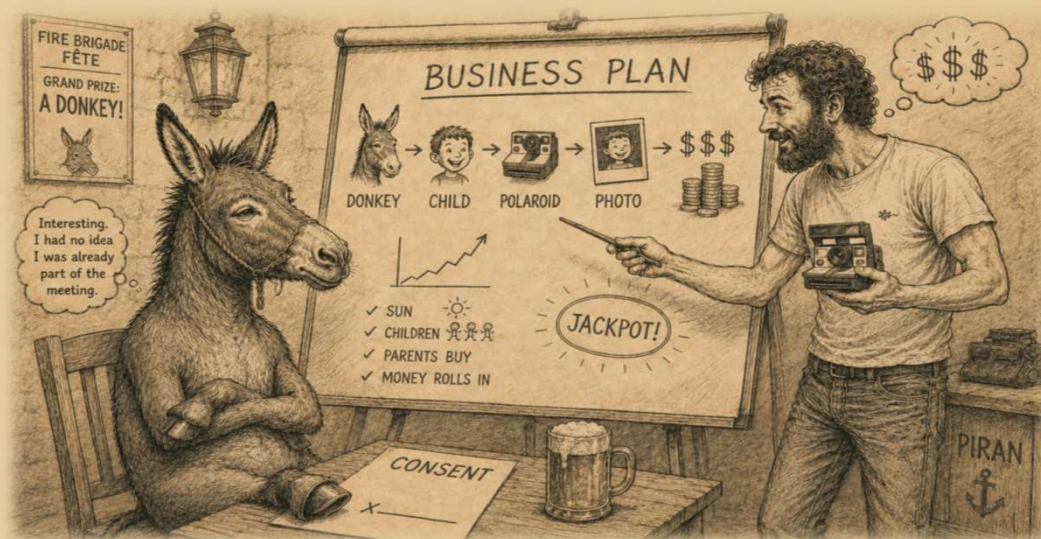
El burro, en cambio, parecía ver mucho más lejos.

Por entonces ninguno de nosotros sospechaba que el primer premio no era en realidad el burro.

El verdadero premio era la historia que estaba preparando para nosotros.

Capítulo 2

Un plan de negocio sin el consentimiento del protagonista (el burro)



Por aquella época apareció en el mercado la cámara Polaroid, que revelaba las fotos casi al instante. Mark ya tenía una. Y también un plan perfecto para ponerla a trabajar. Bueno, al menos eso creía. Llevaría al burro al «Kaštel», en el centro de Portorož. Los niños se fotografiarían sobre el burro. Los padres comprarían las fotos. El dinero empezaría a entrar. El burro trabajaría bajo el sol abrasador. Mark haría las fotos. Y la Polaroid se ocuparía por sí sola de todo lo demás. Por fin el capitalismo empezaría a trabajar también para Mark. Bajo su barba se oía un murmullo: **«We Are the Champions»**.



En sus ojos comenzaron a aparecer esos extraños símbolos de premio gordo que consiguen que cualquiera de nosotros se vuelva completamente ciego a todo lo que lo rodea...

...\$ \$ \$... \$ \$ \$...

...y que, por un instante, crea que aquella locura durará para siempre.

Al recordarlo hoy, debo admitir que el plan solo tenía dos pequeños defectos.

Primero: ninguno de nosotros tenía la menor idea de burros.

Segundo: nadie había informado a nuestro primer premio de nuestro plan de negocio.



Así que ya teníamos el burro.

Mark había hecho una docena de fotos en la fiesta y ganado algo de dinero.

Un buen comienzo.

«Solo falta llevarlo al Kaštel», declaró Mark. «Y ya lo tenemos».

¡Allí empezaría el verdadero **negocio**!

Para el primer paseo de presentación, condujo al burro entre la multitud, que ya estaba bastante animada.

Solo para probar.

Y para que el burro comprendiera de inmediato

¡QUIÉN MANDABA ALLÍ!



Pero, en cuanto conseguimos salir del gentío, el burro se detuvo de repente.

¡Se plantó!

No logramos moverlo.

Ni hacia delante.

Ni hacia un lado.

Ni hacia atrás.

Lo empujamos.

Apretamos.

Tiramos.

¡NADA!

¿Y ahora qué?

¿Qué tal un soborno?

A Dule aún le quedaba un poco de pan plano con čevapčiči y se mostró dispuesto a sacrificar desinteresadamente el resto.

Para él era un gran sacrificio.

Pero el burro, nada.

Ni siquiera quiso olerlo.

Tal vez no le gustaba el pan.

Tal vez no le gustaban los čevapčiči.

Tal vez pensaba: «¿Quién sabe de qué carne estarán hechos...?»

Actuaba como si ni siquiera viera aquel valioso manjar.

Mientras llevábamos ya un buen rato intentando moverlo, la gente volvió a rodearnos.

Uno de ellos se acercó y chasqueó los dedos justo al lado de su oreja.



Por lo visto, en una vida anterior aquel hombre había sido susurrador de burros. En cualquier caso, sabía de ellos más que nosotros tres juntos.

Entonces, como si algo lo hubiera sacado de la hipnosis, el burro dio un paso hacia delante...

...y echó a andar.

¡Funcionó!



El chasquido de dedos también tuvo su lado divertido.

Siguió siendo nuestra señal secreta mucho después de que el burro hubiera desaparecido de nuestras vidas.

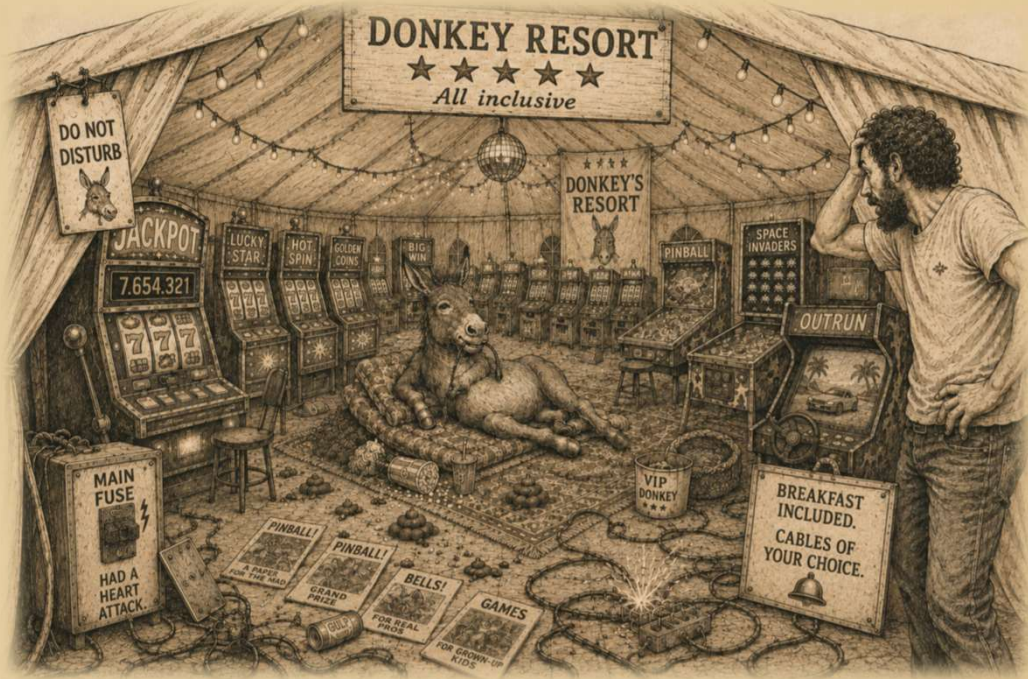
Bastaba con que alguien chasqueara los dedos: **CHAS, CHAS...**

Nos mirábamos.

Y estallábamos en carcajadas.

Capítulo 3

Resort BURRO



Poco después, el burro llegó al Kaštel, donde todo estaba ya a rebosar.

Había llegado el momento de pensar no solo en el aspecto económico de nuestro proyecto, sino también en la logística.

El primer problema era dónde alojarlo.

«Solo serán unos días», dije.

«Puede dormir en mi tienda, entre las máquinas recreativas».

En aquel momento me pareció un gesto casi humanitario.

O burritario, para ser exactos.

Y así se hizo.

A la mañana siguiente, Mark y yo abrimos la tienda.

Me quedé inmóvil.

Algo no iba bien.



Primero vi mechones de pelo sobre las máquinas.

Luego, charcos en el suelo.

Después, montones grandes y pequeños de algo que prefiero no mencionar.

Intenté encender la electricidad.

¡Nada!

Volví a intentarlo.

Bzzzzz... hrrzzz...

La tienda se iluminó como si le hubiera caído un rayo.

Miré los cables.

En varios puntos estaban mordidos o cortados por los cascos.

Después miré los fusibles.

El fusible principal había sufrido un infarto.

Y, para completar la idílica mañana, flotaba un olor insoportable.

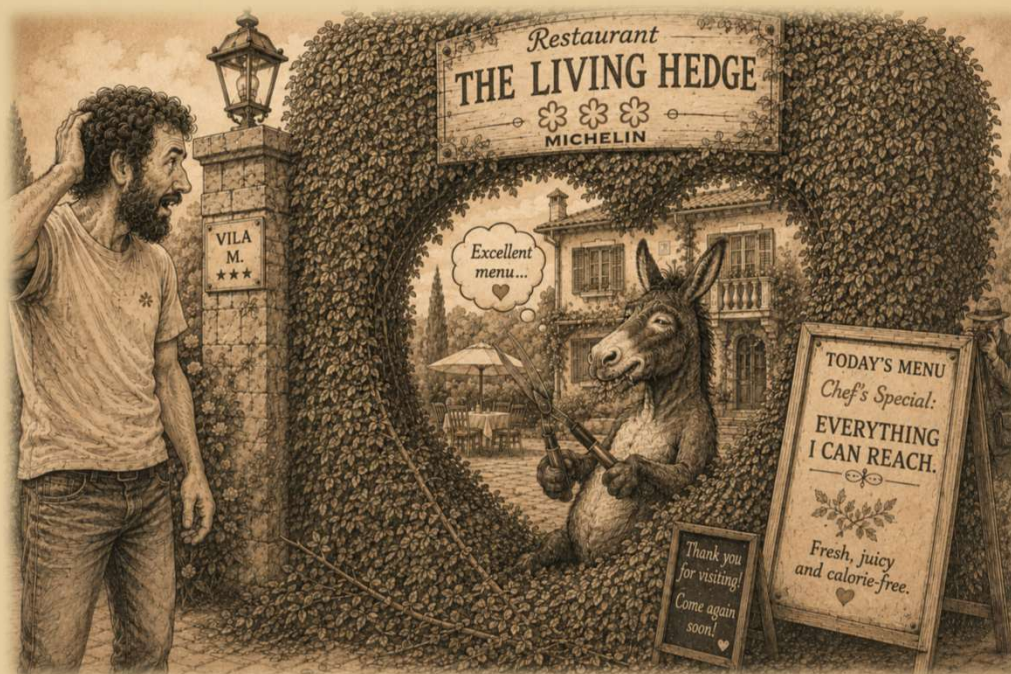
Apestaba como si aquella noche hubiéramos alojado a una manada entera de elefantes africanos, y no a un solo burro.

Aquella mañana tuve mi primera auténtica revelación empresarial.

¡El burro no solo iba a producir ingresos!

Capítulo 4

Restaurante «SETO VIVO»



La solución apareció casi por sí sola.

A pocas decenas de metros había una villa con un gran jardín, rodeada por un seto denso de casi dos metros de altura.

El propietario solo iba de vez en cuando, así que la villa permanecía vacía la mayor parte del tiempo.

Nos pareció ideal.

El burro estaría seguro.

Oculto.

Al aire libre...

Mientras tanto, lo limpiamos como pudimos y, para dar una mejor primera impresión, le vertimos encima un frasco entero de loción para después del afeitado.

«Para que no huela mal delante de los niños. Eso sería malo para el negocio», comentó Mark.



Yo, en cambio, no sabía qué era peor.

La colonia o el olor a estiércol, cuyos restos aún seguían pegados a su pelaje.

«La refinada combinación de ambos aromas podría dar un nuevo impulso a los gurús de la perfumería», pensé.

A pesar de aquella combinación de fragancias un tanto peculiar, el día fue sorprendentemente exitoso.

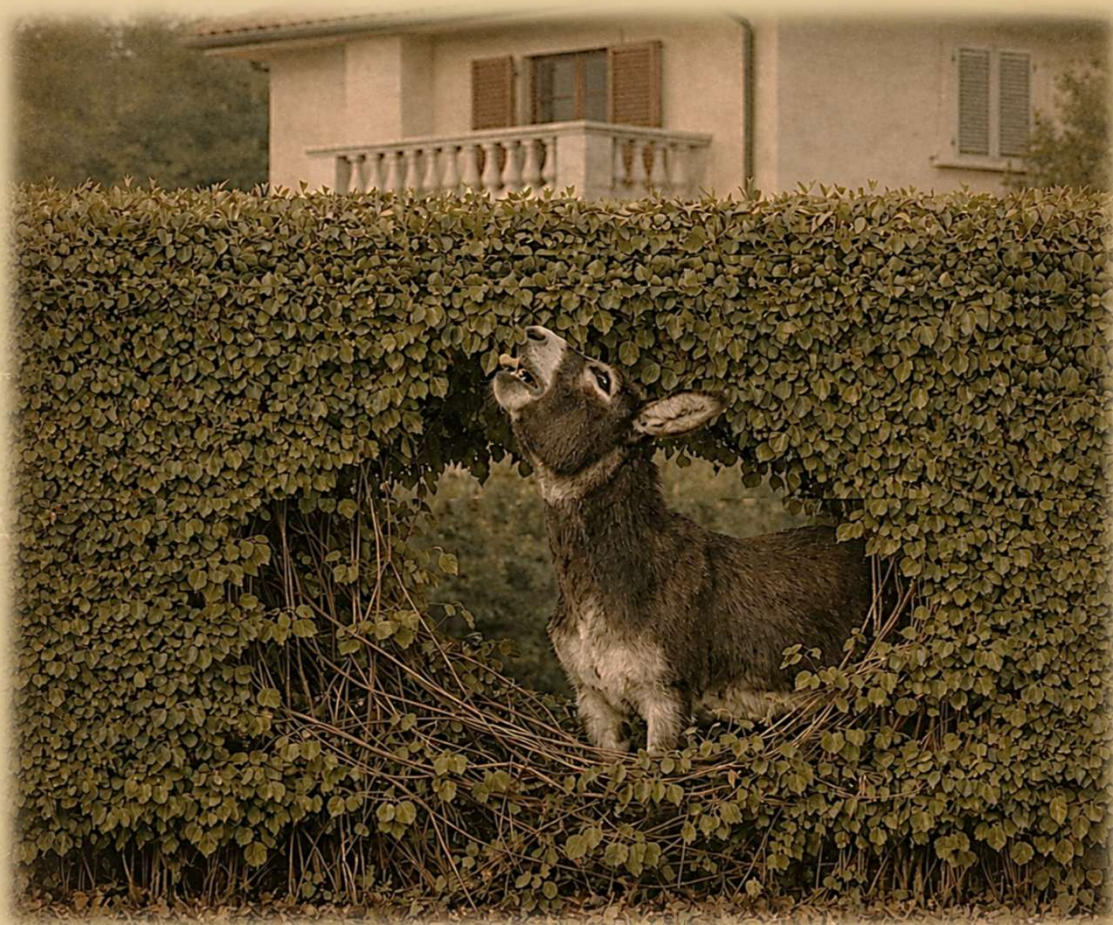
Precisamente aquel día Mark hizo más fotos que nunca.

Nuestro negocio parecía haber vuelto al buen camino.

Por la noche atamos al burro en la parte interior del seto y nos fuimos satisfechos a dormir.

Esta vez estábamos convencidos de haber pensado en todo.

Pero a la mañana siguiente...





Cuando miré hacia el jardín, por un instante pensé que el seto se había vuelto transparente por arte de magia.

No era eso.

Sencillamente, ya no estaba.

Al menos no donde había estado el burro.

Se había comido casi todas las ramas y hojas que alcanzaba.

Y todo eso a través de un seto de al menos medio metro de grosor.

Al vernos, rebuznó satisfecho.

La elección del menú parecía haberle encantado.

Alojamiento con desayuno, entonces.

«Iaa, iaa...»

La gente empezó a detenerse.

Algunos hacían fotos; otros admiraban al burro a través del agujero del seto.

Tenía casi forma de corazón.

Era evidente que estábamos ante un artista.

Glotón, pero con talento.



Fue entonces cuando convocamos una reunión de crisis.

La primera decisión fue unánime.

El burro tenía que volver a Piran.

La segunda debería haber sido:

«A partir de hoy no aceptamos más ideas geniales».

Pero esa decisión no la tomamos.

Capítulo 5



El campesino que no esperaba semejante huésped



Hasta la noche, Mark hizo unas cuantas docenas de fotos más.

El negocio marchaba de maravilla.

La primera pequeña fortuna ya estaba en el bolsillo.

Y un logro así no podía quedarse sin celebración.

Mark no dejó que eso ocurriera.

Cuando regresó a Piran aquella noche, el calor del día y una cantidad considerable de cervezas lo habían dejado tan cansado que dejó al burro en un huerto.

«¿Dónde está el burro?», le pregunté cuando por fin consiguió llegar a casa.

«En un huerto».

Lo miré durante unos instantes.

«¿Dónde?»



«En un huerto. Lo até a un árbol.

¿Adónde creías que iba a llevarlo?»

Claro. Después de la tienda y el seto, un huerto era, en realidad, el siguiente paso lógico en el desarrollo de nuestro negocio.

«Lo recogeré por la mañana», anunció Mark.

A los dos nos pareció una solución perfectamente satisfactoria.

Nos tomamos otras dos «cervecitas» antes de dormir y desaparecimos en sueños repletos de oportunidades infinitas.

A la mañana siguiente, Mark fue a buscar al burro.

El árbol seguía allí.

El huerto también.

¡El burro no!

...?...?

Lo encontró unos cientos de metros más allá.

No estaba solo.

Junto al burro estaba el dueño del huerto, **con una horca en la mano**. El animal había ido hasta allí después de librarse de algún modo de la cuerda.

Mark no supo explicar cómo.

El burro, aún menos.

El dueño señaló la valla derribada.

Luego la lechuga devorada y el jardín pisoteado.

Después señaló al burro.

Y luego a Mark.

Siguió una larga sarta de maldiciones y la exigencia de que ninguno de los dos volviera a aparecer por allí.

«En realidad era un hombre muy razonable», reflexionó Mark.

«Al fin y al cabo, renunció a la violencia física».



Y precisamente por eso ocurrió todo aquello que todavía hoy me hace reír al recordar esta historia.

Porque la parte más increíble aún estaba por llegar.



Cuando hoy recuerdo aquellos días, hay algo que sigo sin comprender.

¿Cómo pudimos creer durante tanto tiempo que éramos más listos que el burro?

Después de todo lo que ya nos había demostrado, la respuesta debería haber sido evidente.

El burro dirigía el juego.

El burro era el **JEFE**. Nosotros solo lo seguíamos.

Pero los seres humanos tenemos una extraña cualidad.

Cuando una idea genial fracasa, no nos volvemos más prudentes.

Inventamos otra todavía más genial.

Capítulo 6

Operación remolque



Después de tres días quedó claro que teníamos un problema.

En realidad, varios.

Teníamos un burro.

Pero no teníamos ni idea de qué hacer con él.

Así que volvimos a convocar una reunión de crisis.

¿Cuál era la alternativa?

¿Adónde podíamos llevarlo?

«¿Y Mičo?», preguntó Dule.

Lo miramos.

«En Krog tiene caballos y una escuela de equitación. Al menos él sabrá qué hacer con el burro».

Era la primera vez en tres días que alguien decía algo que sonaba, por lo menos, vagamente razonable.

¡Y aún había más!



Tal vez incluso se pudiera ganar algo de dinero con el burro allí.

Y el burro podría organizar fiestas para caballos y burros.

Solo había un problema.

Krog estaba a unos quince kilómetros.

¿Cómo llevar al burro hasta allí?

...?...

Y así nació la idea del remolque.

El remolque era mío.

Largo.

Resistente.

Hecho para transportar máquinas recreativas.

Si podía llevar sin problemas varios cientos de kilos de hierro,
¿por qué no un burro?

Una lógica impecable para el hierro.

Algo menos para nuestro paquete viviente, dotado de
inteligencia y de sus propios planes.



Recuerdo muy bien aquella mañana.

Llevé el remolque hasta la taberna «El mesón de la costa»,
junto al Museo Marítimo.

El mar estaba en calma.

Los clientes bebían.

Los turistas paseaban por el paseo marítimo.

Ninguno sospechaba que acababa de recibir, sin querer, una
entrada para uno de los mejores espectáculos de aquel verano.

Solo faltaba el protagonista.

Mark llegó a pie.

Llevaba una cuerda en la mano.

Y en el otro extremo...

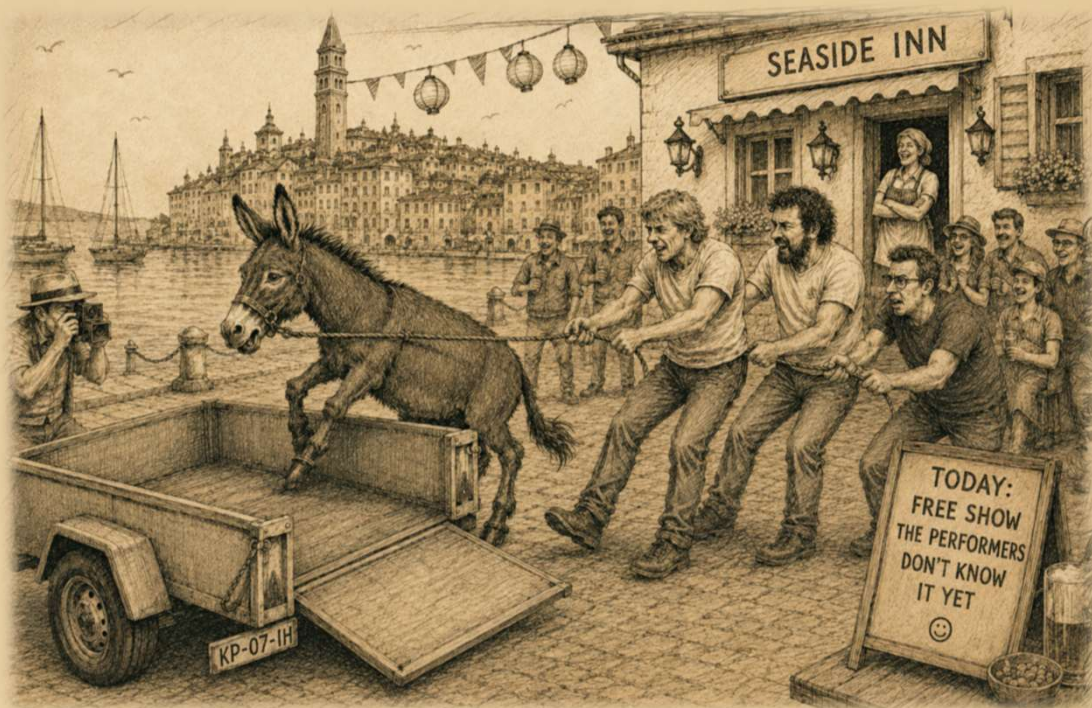
...el más astuto de todos nosotros...

...EL BURRO

Capítulo 7



El mayor espectáculo gratuito de Piran



El burro estaba a unos metros de distancia.

El remolque estaba listo.

¿Qué podía salir mal?

«Esto será pan comido», dijo alguien.

Hoy ya no recuerdo quién.

Pero sí recuerdo que todos le creímos.

Para empezar, bajamos la compuerta trasera.

Mark agarró la cuerda.

Yo me coloqué detrás de él.

Dule se puso a un lado, preparado para cualquier cosa.

«Vamos, amigo...», dijo Mark con amabilidad al burro.

«Solo tienes que dar un saltito».



El burro lo miró.

Durante un buen rato.

Con calma.

Con esa mirada que solo tienen los seres que ya saben de antemano cómo terminará la historia.

Tiramos de la cuerda.

El burro no dio ni un paso.

Lo intentamos de nuevo.

Y otra vez.

Los únicos que nos movíamos éramos nosotros.

Después de unos quince minutos solo había una cosa clara.

El burro seguía exactamente en el mismo sitio.

Nosotros no.

A nuestras espaldas se oyó primero una risita y luego una carcajada sonora.

Algunos clientes de la taberna dejaron sus vasos y comenzaron a levantarse para ver mejor lo que ocurría.

La camarera se apoyó en la puerta.

Un turista incluso se subió a una silla para disfrutar de mejores vistas.

El espectáculo había empezado.

Y era gratis.

Por desgracia, los artistas fuimos los últimos en enterarnos.



La primera idea no había funcionado.

Nos dedicamos a otras tres botellas de cerveza.

Cada uno reflexionaba a su manera.

Entonces miré el remolque.

«Esperen...», dije.

«¿Por qué tendría que saltar?»

Los dos se volvieron hacia mí.

«Si desenganchamos el remolque del coche y lo inclinamos, podrá subir caminando».

En aquel momento me sentí bastante orgulloso de mí mismo.

Aquello ya no era una idea corriente.

Era una idea genial mejorada.

Desenganchamos el remolque y lo inclinamos todo lo que pudimos.

En lugar de tener que dar un salto, el burro tenía ahora ante sí una agradable rampa.

Parecía tan tentadora que casi me dieron ganas de subir a mí también.

«¿Lo ves?», dijo Mark.

«Ahora sí».

Volvimos a agarrar la cuerda.

Dule se colocó al otro lado.

El burro dio un paso hacia un lado y esquivó el remolque.

Lo intentamos de nuevo.

Esta vez retrocedió y se escurrió por el otro lado.

Volvimos a colocar el remolque en su sitio.



A la tercera, pisó el borde y empujó el remolque hacia un lado.

Volvimos a enderezarlo.

Y empezamos desde el principio.

Tensamos las cuerdas al mismo tiempo.

No nos atrevíamos ni a respirar.

¿Qué haría ahora?

Otro paso.

Un poco más.

Un poco...

Y entonces...

...el burro acabó en medio del remolque.

Durante un instante se hizo un silencio absoluto.

No sé quién empezó.

Tal vez la camarera.

Tal vez los clientes.

Tal vez algún transeúnte.

De pronto estalló un fuerte aplauso.

Un aplauso de verdad.

Unos reían, otros silbaban.

Y nosotros tres permanecíamos junto al remolque como atletas olímpicos que acababan de ganar la medalla de oro en la disciplina de «carga de burros».

Deberíamos haber terminado el espectáculo en aquel momento.

Hacer una reverencia ante el público.

Beber una cerveza.

E irnos a casa.

Pero, por supuesto, no hicimos nada de eso.



Estábamos convencidos de haber cumplido la misión con matrícula de honor.

Miramos al burro.

Luego nos miramos unos a otros.

Y casi al mismo tiempo pronunciamos una frase inolvidable.

«Bien...

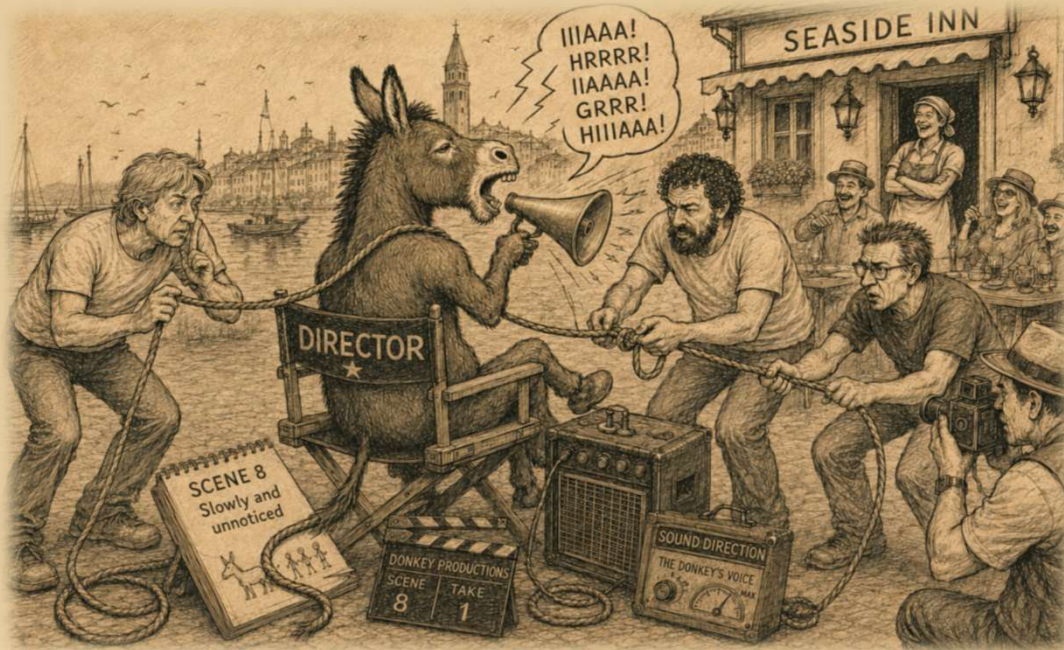
...¿y ahora cómo lo atamos?»

Entonces el burro abrió la boca y movió las orejas.

Y tuve la sensación de que aquello no presagiaba nada bueno.

Capítulo 8

El momento en que el burro tomó el mando



Cuando hoy pienso en aquel episodio...

...estoy casi seguro de que el burro sabía exactamente lo que estábamos preparando.

No sé cómo.

Tal vez vio demasiadas cuerdas.

Tal vez nuestras miradas misteriosas.

O quizá, sencillamente, conocía a los seres humanos.

Cuando una persona empieza a hablar muy bajo y a sonreír con complicidad, una mala idea nunca anda lejos.

Mark subió al remolque.

Yo detrás de él.

Dule agarró las cuerdas.

Todo estaba listo.



Acordamos un mantra:

«Despacio y sin que se note».

En nuestras cabezas sonaba casi profesional.

Despacio y sin que se note.

Como ladrones que no quieren despertar a un perro dormido.

Conseguimos pasar la primera cuerda por encima de su lomo.

El burro se apartó de inmediato, pero la cuerda quedó sobre él.

Hasta ahí lo de pasar desapercibidos.

A pesar de todo, Mark seguía confiando en el éxito.

«¿Ves?», susurró.

«Ni siquiera se ha dado cuenta».

Justo en aquel momento, el burro se volvió hacia nosotros.

No deprisa.

No asustado.

Despacio.

Con la expresión de un profesor de matemáticas que acaba de sorprender a un alumno copiando.

Primero me miró a mí.

Luego a Mark.

Después la cuerda.

Y finalmente a Dule.

Con una mirada que decía:

«No irán en serio, ¿verdad?»

Pero nosotros seguimos como si no hubiera ocurrido nada.

De algún modo conseguimos pasarle por encima una segunda cuerda...

... y ...



Había llegado el momento de tensarlas.

Al principio no ocurrió nada.

Luego el burro separó un poco las patas delanteras.

Las cuerdas se tensaron.

Un poco más.

Otro poco.

Y entonces...

...por fin dobló una pata.

«¡Funciona!», gritó Mark.

«¡Aleksander, funciona!»





No sé quién era más feliz en aquel momento.

Nosotros tres.

O el público entusiasmado.

Frente a la taberna se había reunido ya tanta gente que podríamos haber cobrado entrada sin ningún problema.

Algunos aplaudían.

Otros nos animaban.

Un señor de camisa blanca incluso se quitó las gafas de sol porque, al parecer, no quería perderse el momento culminante del espectáculo.

Y entonces cometimos un error.

Un graaaaaan error.

Convencidos de que íbamos por buen camino, tensamos las cuerdas un poco más.

La otra pata también cedió.

Al burro no le quedó más remedio que sentarse en el suelo del remolque.

Se quedó completamente inmóvil.

Parecía haberse rendido a su destino.

¡Sí, claro!

Por lo visto, aprovechó aquellos segundos para calcular sus posibilidades.

Se preparaba como un atleta de élite justo antes de saltar.

Los músculos se tensaron.

Bajó un poco la cabeza.

Echó las orejas hacia atrás.

Estiró las patas delanteras. Y entonces...

...¡BUM!



Nunca había visto tantos kilos convertirse tan deprisa en un proyectil.

La cuerda se rompió con un chasquido seco, como un disparo.

Mark salió despedido hacia atrás.

Yo perdí el equilibrio.

Dule se quedó clavado en el sitio.

En las manos solo le quedó la cuerda rota.

La física acababa de mostrarnos también su otra cara.

El burro, en cambio, salió disparado hacia la libertad.

De un solo impulso saltó por encima de la parte delantera del remolque y estrelló las patas delanteras con toda su fuerza contra el guardabarros trasero de mi coche.

El metal gimió.

Yo también.

«¡Aaaaaaay!»

Había oído ese sonido que el dueño de un coche reconoce antes que el timbre de su propio teléfono.



Pero el burro no mostró la menor compasión.

Al caer, los cuartos traseros quedaron justo al borde del muelle.

Todos nos quedamos paralizados.

Si hubiera resbalado apenas diez centímetros más...

...habría acabado en el mar, entre los peces y las barcas amarradas.

Durante una fracción de segundo pareció que realmente iba a caer.

Pero no.

De algún modo recuperó el equilibrio.

Levantó la cabeza.

Se enderezó.

Saltó con facilidad por encima de la barra entre el remolque y el coche...

...y se alejó al galope por el paseo marítimo, rebuznando con todas sus fuerzas y tan rápido como le permitían los cascos.

«¡Se escapa!», gritó alguien.

¿Quién podía llevarle la contraria?

Capítulo 9

La persecución



Durante los primeros segundos nos quedamos clavados en el sitio.

Al parecer, una persona necesita cierto tiempo para comprender que acaba de ser engañada por un burro de lo más corriente.

Luego miramos todos al coche al mismo tiempo.

En el guardabarros trasero se abría una enorme abolladura.

«Mi coche...», logré decir.

Mark, que en aquel momento era el único capaz de reaccionar, salió primero detrás del burro y gritó:

«¡ALEKSANDER!»

Me di la vuelta.

El burro ya nos llevaba una ventaja considerable.

Corría por el paseo marítimo con la ligereza de un maratonista que apenas empieza a calentar durante los primeros cinco kilómetros.



Por supuesto, eché a correr detrás de él.

¿Acaso tenía otra opción?

El paseo marítimo de Piran rebosaba vida aquella tarde.

Turistas.

Cochecitos de bebé.

Ciclistas.

Parejas mayores.

Vendedores de recuerdos.

Y, en medio de todo aquello, un burro al galope.

Detrás de él, dos hombres adultos que gritaban cada uno a su manera.

«¡Detened al burro!»

«¡Detenedlo!»



Aquello era lo mejor de todo.



La gente nos miraba y se apartaba de nuestro camino.
Luego miraba al burro.
Después volvía a mirarnos.
Y hacía exactamente lo que haría cualquier persona sensata.
Se ponía a salvo como podía.
Una señora apretó el bolso contra el pecho.
A un turista se le cayó la cámara.
Y un niño gritó entusiasmado:
«¡Mamá! ¡Papá! ¡Mirad! ¡Un burro!»
Creo que fue el único que se alegró de verdad de lo que estaba viendo.

Nosotros tres, desde luego, no.

Pero lo más increíble era Mark.
Mientras corría seguía gritando:

«¡Detened al burro!»

Como si existiera una asociación de cazadores voluntarios de burros fugitivos esperando precisamente una ocasión así.

Cuando pienso hoy en aquello, hay un detalle que me divierte especialmente.

Ni por un instante se nos ocurrió dejar de correr.

Aunque después de unos cientos de metros ya sabíamos que el burro nos superaba en todas las disciplinas atléticas.

Seguimos corriendo.

Porque quien deja escapar un burro por Piran sencillamente no tiene otra opción. Pero entonces...

...ocurrió algo extraño.

El burro empezó a reducir la velocidad.



Primero un poco.
Luego otro poco.
Al final casi se detuvo.
Mark y yo nos acercamos con cautela.
Sin decir palabra.
Casi de puntillas.
Como si temiéramos que descubriera que seguíamos allí.
Cuando estuvimos muy cerca, se volvió.
Con calma.
Con absoluta calma.
Primero miró a Mark.
Después a mí.
Su respiración ya era casi normal.
La nuestra...
...de la nuestra será mejor no hablar.
Permanecía allí.
Como si no hubiera ocurrido absolutamente nada.
Como si unos minutos antes no hubiera organizado el mayor acontecimiento vial de aquella tarde.
Cuando por fin recuperamos el aliento, la tensión desapareció.
Empezamos a hacer bromas sobre el burro y nuestras ideas geniales.
El burro probablemente pensaba:
«Bueno, chicos, ya es suficiente por hoy».
Y entonces me asaltó una idea que me acompaña hasta hoy.



Nosotros dos habíamos creído todo el tiempo que perseguíamos al burro.

En realidad, él nos había llevado todo el tiempo detrás de él.

Él decidió cuándo escapar.

Él decidió cuánto correríamos.

Y él decidió cuándo terminaría la persecución.



Cuando agarramos la cuerda, no se resistió en absoluto.

Caminó tranquilamente a nuestro lado.

Emprendimos despacio el camino de regreso.

La gente nos dejaba paso.

Algunos aplaudían.

Otros reían.

Alguien incluso gritó:

«¡Por fin lo habéis atrapado!»

Pero yo pensaba algo muy distinto.

No.

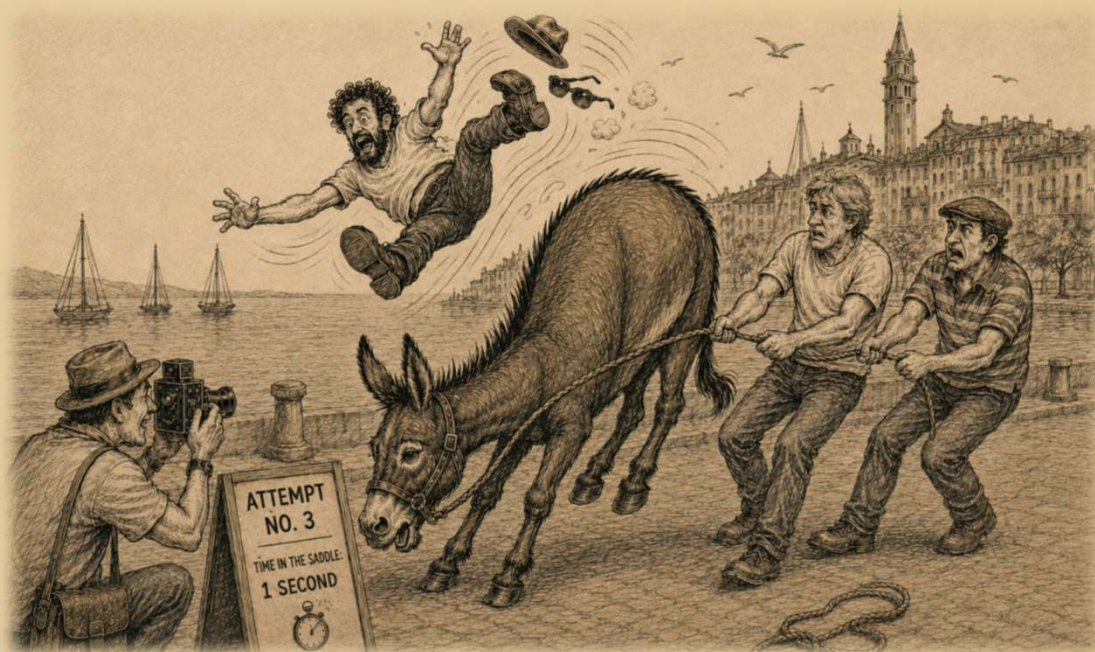
No habíamos conseguido atraparlo.

El burro simplemente había decidido permitir que lo atrapáramos.

Capítulo 10



Los quince kilómetros más largos



Cuando Mark y yo volvimos a tener la cuerda en las manos, estábamos mucho más callados que una hora antes.

En realidad, todos guardábamos silencio.

También Dule.

Solo el burro caminaba con absoluta tranquilidad.

Como si acabara de regresar de su paseo matinal de costumbre.

No sé si en aquel momento teníamos más ganas de reír o de llorar.

Probablemente de las dos cosas.

Al llegar al coche, miré la abolladura del guardabarros.

Fea... profuuunda...

Exactamente como solo puede dejarla un burro fuera de control.



Pasé despacio la mano por la chapa.
No dije una palabra.
Mark permaneció un rato a mi lado.
Luego preguntó con cautela:
«¿Estás muy enfadado?»
Lo miré.
Luego miré el coche.
Después al burro.
Y entonces empecé a reír.
Al principio, un poco a la fuerza.
Luego cada vez más.
Unos segundos después nos reíamos los tres.
¿Qué otra cosa podíamos hacer?
El coche estaba abollado.
El remolque, vacío.
Y nuestro plan se había desmoronado de un modo más espectacular de lo que cualquier director de cine habría podido imaginar.



Entonces Mark suspiró profundamente.
«¿Sabes qué...?»
Asentí.
Sabía lo que iba a decir.
«Tendré que ir andando hasta Krog».



Eran unos quince kilómetros.
Bajo el calor de julio.
Con un burro.
No se quejó.
Simplemente aceptó la decisión.
Era una de las cosas que siempre admiré de él.
Podías echar abajo el mayor de sus planes.
Podías destrozar la más hermosa de sus ideas.
Un instante después ya estaba buscando la siguiente solución genial.



Pero antes de partir nos tentó una última idea.
¿La última de verdad?
«¿Y si...?», empecé con cautela.
Mark se echó a reír.
«No».
«Pero si todavía no he dicho nada».
«Lo sé».
«¿Cómo lo sabes?»
«Porque te conozco».
Sonreí.
«¿Y si simplemente lo montas?»
Mark contempló al burro durante unos instantes.
El burro contempló a Mark.



La escena parecía casi amistosa.

«Sabes...», dijo.

«Creo que me dejaría».

Aquella fue otra de nuestras ideas geniales.

Primer intento.

Mark agarró la crin.

El burro dio un paso hacia un lado.

Segundo intento.

Mark fue más rápido.

El burro, todavía más.

El tercer intento fue un trabajo en equipo.

Dule sujetó la cuerda.

Yo me coloqué al otro lado.

Por fin Mark consiguió subirse.

Durante un único y glorioso segundo.

Pero entonces...

...el burro hizo algo que no habíamos visto hasta aquel momento.

No salió disparado.

No dio un salto.

No se desbocó.

Solo arqueó ligeramente el lomo.

Como el caballo más experto de un rodeo.

Y Mark...

...salió volando con tanta elegancia que cualquier especialista de cine habría podido felicitarlo.



El aterrizaje fue...

...digamos...

...algo menos elegante.

Permaneció sentado en el suelo unos segundos.

Se sujetó la cabeza con ambas manos.

Luego miró al burro.

El burro seguía exactamente en el mismo lugar, completamente tranquilo.

No había dado ni un paso.

Como si quisiera decir:

«Ahora sí, basta ya».

Mark recogió la cuerda.

Acarició al burro en el cuello.

Y, sin decir una sola palabra, echó a andar hacia Sečovlje.

Los observamos durante mucho tiempo.

Primero a Mark.

Luego al burro.

Y al final solo quedaron...

...dos pequeños puntos en la carretera.



Solo muchos años después comprendí que no recordaba aquel día principalmente por el burro.

Lo recordaba por mis amigos.

Porque hay días en los que uno pierde una batalla...

...pero se lleva recuerdos preciosos de una amistad...

...y de historias que jamás caen en el olvido.



Epílogo

Y justo cuando uno se dice:

«Ahora lo tengo todo bajo control»,

la vida responde:

«¿Ah, sí?»

Y le manda un burro.



Se fue el fotógrafo.

La historia se quedó.

Y si hoy preguntáramos al burro quién fue
en realidad el protagonista ...

... creo que solo movería las orejas.

I-aah.

(sin comentarios).



DEDICATORIA A MARK



Al amigo con quien una vez perseguí
a un burro por Piran.

Por entonces no imaginábamos que un día
formaríamos parte de la historia.

Y mucho menos que algún día
tendría que contarla sin él.

Pero mientras siga contándola,
en algún lugar seguiremos corriendo detrás de ese burro.



MÁS DE LA MISMA PLUMA ...

Antes de dedicarme al burro,
me ocupé de una «especie animal» algo más exigente:
el **Homo sapiens** (¿o quizá no?).

Y escribí manuales para él, aunque por pura terquedad nunca los seguirá.



Y como ya sabía de antemano
que eso no bastaría,
también publiqué **MEDITACIÓN**.

Y justo cuando por fin creía
tenerlo todo bajo control,
la vida me mandó además...

UN BURRO.

Su manual de instrucciones es el siguiente. ♥



FIN ...

... ¿o quizá no?

Puede que el burro haya dejado de correr.

Pero para nosotros todo acababa de empezar a descontrolarse.

Si ahora siente curiosidad por saber cómo nació todo esto, solo hay una respuesta.

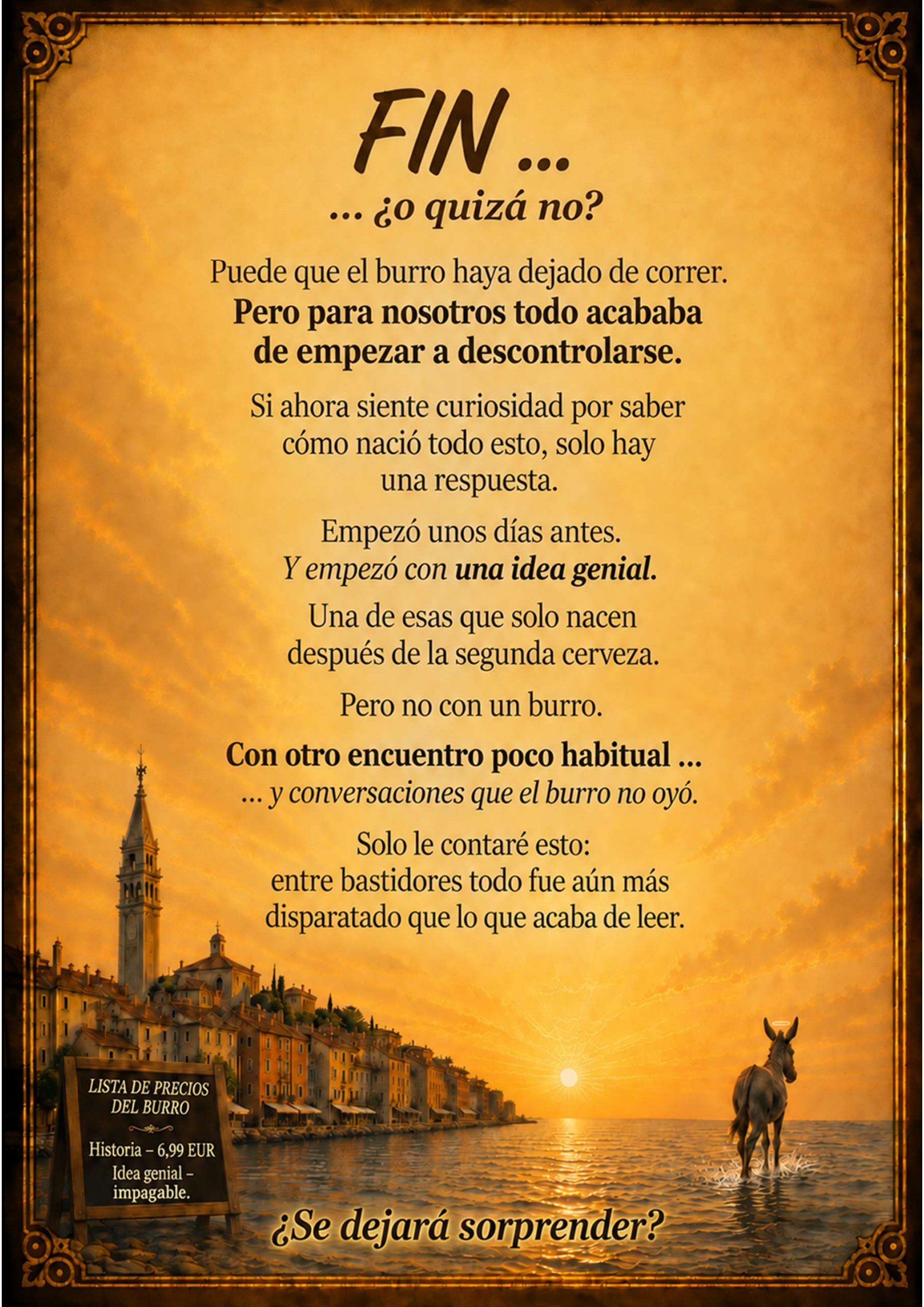
Empezó unos días antes.
Y empezó con una idea genial.

Una de esas que solo nacen después de la segunda cerveza.

Pero no con un burro.

Con otro encuentro poco habitual ...
... y conversaciones que el burro no oyó.

Solo le contaré esto:
entre bastidores todo fue aún más disparatado que lo que acaba de leer.



LISTA DE PRECIOS
DEL BURRO

Historia - 6,99 EUR
Idea genial -
impagable.

¿Se dejará sorprender?



ÍNDICE

Capítulo 1: Cómo ganó Mark el premio más terco	3
Capítulo 2: Un plan de negocio sin el consentimiento del burro	6
Capítulo 3: Resort BURRO	10
Capítulo 4: Restaurante «SETO VIVO»	12
Capítulo 5: El campesino que no esperaba semejante huésped	15
Capítulo 6: Operación remolque	18
Capítulo 7: El mayor espectáculo gratuito de Piran	21
Capítulo 8: El momento en que el burro tomó el mando	26
Capítulo 9: La persecución	32
Capítulo 10: Los quince kilómetros más largos	37
Epílogo	42
Dedicatoria	44